



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11408

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 1899

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

RIESTRA-SALGADO

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA INGENIEROS ELECTRICISTAS Industriales, minas, etc. CARRERAS DEL EJERCITO Y MARINA

Bajo la dirección del *Oficial de Artillería D. Enrique Salgado* y del *Jefe del mismo Cuerpo D. Adriano Riestra*, Doctor en Ciencias Fisico-Matemáticas Carmen, 78 y plaza Roldán, 5 y 6

COMO Á NOSOTROS

No se dirá que Inglaterra es una nación moribunda de esas que, según Salisbury y Chamberlain, es tan destinada á ser pasto de las naciones poderosas. En sus dominios no se pone nunca el sol, como le ocurrirá á la España de Carlos I. Su flota es la más potente que pasea por el mar. Su influencia es algunos momentos decisiva y en cuanto á su poder basta decir que no hay quien se atreva á provocarlo á menos de contar con muchas y valiosas alianzas.

Y, sin embargo, á esa nación tan poderosa y tan rica que por el mar y por la tierra pretende monopolizar el dominio del mundo, le está ocurriendo al presente lo que le ocurrió há poco á España en el golfo mejicano.

¿Lo mismo? No, mucho más; lo que le ocurre á los ingleses con los boers no admite comparación con lo ocurrido á los españoles con los insurrectos cubanos. España se vio sorprendida por una conjuración realizada en la manigua y al acudir al terreno á que se la provocaba, se encontró sin enemigos; éstos se amparaban en el bosque; en él habían establecido su campo de operaciones y aun cuando los bravos soldados les buscaron en sus siniestras gua-

ridas jamás los encontraron dispuestos á luchar de otra manera que no fuera en emboscada.

Enemigo tan artero, dispuesto siempre á la huida como medio eficazísimo de fatigar al contrario y contando con el apoyo de una nación poderosa que esperaba para presentarse en campaña á que el confiado amigo estuviera arruinado y exangüe, había de lograr lo que quería. En lucha tan imposible, peleando entre dos fuegos, cayó España, de una manera poco airosa, si, pero, seguramente, caída y todo, fué la suya la figura más gallarda de aquella horrible tragedia.

En el Africa del Sur han sucedido las cosas completamente al revés. Allí los boers han sido los sorprendidos. Los ingleses habían dispuesto los peones para ganar la partida y apenas comenzado el juego, ya sabotean una serie de derrotas precursoras tal vez de su desastrosa.

Y no pelean como España contra cuadrillas de incendiarios invisibles que jamás daban la cara; no; pelean de igual á igual, frente á frente, contemplando al enemigo y retrocediendo ante él, abandonando poblados y plazas fuertes con sus hospitales de heridos y sus depositos de cañones, fusiles, pólvora, balas y viveras.

Planteadas la campaña á medida de su deseo, no ha podido llevarla donde puso el objetivo: al terreno del contrario; y en lugar de apoderarse del Transvaal, objeto de su ambición, ésta se ha apoderado del país de los ingleses y en él ha elevado sus banderas victoriosas.

Lady Smith, Glencoe, Dundee, y un centenar de poblaciones inglesas están en poder del Transvaal; y antes de que los ingleses invadan esta nación, habrán de readquirir el territorio que perdieron sus compañeros de armas.

Ciento, cincuenta mil hombres

se consideran necesarios para restablecer el equilibrio y hay quien duda de que la poderosa Inglaterra pueda hacer esfuerzo tan colosal.

Trescientos mil hombres mandó España á Cuba y Filipinas y era una nación moribunda.

Es verdad que se quedó sin sus colonias.

Pero también puede ser que la poderosa Inglaterra se quede sin el Transvaal.

Y en tal caso que tendrá que echarnos en cara si en parecidas condiciones cogemos el mismo fruto?

Cháchara cómica

La escuadra de Cámara pasará el invierno anclada en puerto.

Pues no me parece bien. Porque el «Pelayo» acaba de reponer su quebrantada salud en el balneario de Tolón, y ahora le sería muy conveniente poseer el agua.

De Barcelona.

«A los diputados Sres. Ferrer y Vidal y Maluquer no se les permitió entrar en la cárcel á visitar á los industriales presos.»

No se deben resentir ni tampoco protestar; que no habrían de decir si los permiten entrar y... no los dejan salir?

Ha sido admitida la dimisión que del cargo de subsecretario de la Presidencia ha presentado el señor marqués de Casa Lalgosia.

El prescindir del marqués me parece una imprudencia. Imagínese el gobierno que la oposición arrecha, que no pagan los impuestos y que la cosa anda fea por lo que pueda ocurrir y lo que tropar pudiera, no es temeridad notoria el no estar bien con la Iglesia?

Ha sido aprobado el impuesto sobre achicorias.

El señor ministro de Hacienda habrá exclamado al conocer la decisión de la Alta Cámara:

—Gracias á Dios que aquí pasó lo más amargo de los presupuestos

Y si dijereis ser como, como me lo contaron en el cuento.

Un respetable anciano que cuenta un siglo y pico de edad, el doctor Carlos Smith, se ha casado en Atlantic-City con Miss Sallie May, preciosísima muchacha de dicha población.

Doctor Smith: yo sostengo vuestra locura patente, de que estais loco la tengo, no en casaros centenario (que ya es cuestión peligrosa), sino en que á su linda esposa, ha de serle necesario, según la costumbre usada, Lady Smith denominarse, ¡y es estar guillao, casarse con una plaza sitiada!

D.) orimen que se ha cometido en la Costanilla de los Angeles número 11:

«La portera, que barría el patio de la casa, dijo:

—¡Jesús qué barbaridad! ¡Qué manera tienen de sacudir las alfombras! El ruido de los disparos parecíala que era el de que saquían...»

Y los señores, señora portera, es usted modelo de la clase entera, que oye por el patio, que oye á las criadas, y luego comenta las cosas contadas, siempre está escuchando, siempre está pendiente, con los dos oídos en presión constante; que oye á los que bajan, y que oye á los que suben... ¡y cuando disparan cree que saquían!

Leo y cortó:

«Los evangelios de la mujer, es el título de un notable libro feminista que acaba de publicar la inspirada escritora D.ª Concepción Jimeno de Flaquer. La entusiasta defensora del sexo bello presenta interesantes tipos de mujeres científicas, heroicas y regeneradoras. (?)»

Su libro es una hermosa biblia feminista.

Yo respeto á la escritora y la tengo en mucha estima; pero el asunto me oerga, me descompono y exalta.

Dale con el feminismo, vuelta con lo feminista... ¡Mal haya amén las mujeres que presumen de científicas, charlando de omni re scibile sin que haya quien las resista.

Ya nos dijo Alfonso Karr que los sexos se aproximan y tienden á hacerse iguales. Si á este paso se camina, daremos á las mujeres su lugar en la política, y en tribunales y en cátedras, que es su aspiración vivísima. ¡Bueno andaría el asunto! ¡Y qué bonito estaría un presidente de sala de siete meses en ointal!

Eso ya no son mujeres, eso son personas híbridas. Vengan muchachas robustas, lo más posible bonitas,

con discreción suficiente, carifiosas y pacíficas, que cosan los calzoncillos y repasen las camisas, que lacten los chiquitines y opiden de la cocina, aunque no sepan ni jota de plecosias ni de pampinas que así les importa á ellas como á mí que llueva en China. Y aquel que quiera, tener una compañera íntima que sea sabia, ilustrada, de inteligencia exquisita, metá en su casa un tratado de historia ó filosofía.

Paco Tillero.

LA GABELLERA DE ORO

(CUENTO)

Patrielo Steem volvió á la granja muy preocupado.

Había salido aquella tarde á inspeccionar sus plantaciones del extremo oeste, y en el sendero que á través de la maleza conducía al magnífico campo de

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 947

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 246

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 945

—¿Quién llama á estas horas? dijo desde adentro una voz de hombre.

—¿Hay aposento para tres viajeros? dijo Pommeferre.

A poco se abrió la puerta, y apareció completamente vestido un mozo; lo que quería decir que siempre se esperaba en la hostería del Obispo.

—Díca guardé á vuestras mercedes, dijo el mozo; aposento hay como se quiera, interior ó exterior, alto ó bajo.

—Llévados al mejor, y despachad, dijo Pommeferre.

—El mejor de los que están vacíos en esta dos ducados diarios, dijo el mozo; y cuando no se conoce á las personas, se paga adelantado.

—¿Cuanto hay que daros?

—A razón de dos ducados por día, quince días treinta ducados.

—¿Que habláis de quince días? dijo Pommeferre; si á lo más tardar, mañana por la mañana nos iremos.

—Pues entonces cuatro ducados, dijo el mozo.

—¿Como es eso, pícaro? contestó Pommeferre; ¿con que pedis dos ducado por cada veinticuatro horas, y por algunas horas no más, queréis cuatro ducados?

Marcos Calderon; la muchacha parece una infeliz; y en cuanto á su primo, apuesto, apuesto á que hay muy poca diferencia entre él y un caballo.

—Pues mirad, dijo el de Piloña; tengo yo un caballo que le quiero mas que á mis ojos, y que no le cambiaría por la mejor moza del mundo.

—Buen soldado el que estima su caballo, dijo Pommeferre; y donde diablos habeis dejado vuestro biho, amigo?

—En la posada de Manzanas, contestó Simon.

—También hemos dejado allí los nuestros, observó Malegarde.

—Pero cuando llegamos á la hostería del Obispo? dijo Pommeferre.

—Está á lo último de la calle, contestó Marcos Calderon; como que hace esquina á la calle del Principe, enfrente el corral de la Pacheca. Vamos, ya estamos en la puerta; me parece mentira que voy á entrar en esta famosa hostería; hasta ahora me he contentado con ver desde afuera los pasteles, las ayes y las empanadas que siempre están provocando desde el mostrador el gusto de los ricos, y el hambre de los pobres.

—Pues vamos á ver si tienen aquí el sueño pesado ó ligero, dijo Pommeferre.

Y llamó con fuerza.

con quien vos y yo quisimos casarnos, con quien se quiso casar tambien mi amo Mr. Horacio Prévau de la Chaumiere.

—Ursula, exclamó Marcos Calderon, olvidándose de su mujer y del Guardia Walbna.

—Si señor, Ursula, dijo Pommeferre; solo que yo no se llama Ursula.

—Si, se llamaba doña Maria de Ayala, dijo Marcos Calderon.

—Y así se llama, amigo; pero es una gran señora.

—¡Ay! demasiado que lo sé, contestó Marcos Calderon; pues que si ella no hubiera sido gran señora me vería yo como me veo?

—Mirad, señor Marcos, dijo Pommeferre; aquí no hay comodidad para que nosotros pasemos la noche; tenemos hambre y sueño; hace nueve ó diez años que faltamos de Madrid, y no sabemos cuál es ahora la mejor hostería donde puedan comer y beber como es debido dos bilalgos. Ya que está en vuestra casa vuestra mujer, ventos con nosotros, y llevados á la hostería que nos conviene.

—¡Eso est dijo Marcos Calderon; y dejaré sola á mi mujer con su primo!

—No señor, dijo Pommeferre; porque el primo se va á venir con nosotros.